

Se ha hecho notar con frecuencia la comunión que unifica en esta ópera la música, los protagonistas y los coros. Hay allí, ciertamente, un efecto espontáneo de la pasión con la cual músicos, artistas y coristas, abdicando toda personalidad, sirven a la obra.

Pero también se puede ver en esto, en cierto modo, la resultante lejana del origen común de la ópera. Tanto en su formación como en su expresión, la característica más poderosa de la ópera rusa es no ser individual.

Tómese una ópera italiana. ¿Qué se encuentra en ella? La habilidad técnica de un hombre cualquiera; una virtuosidad; más exactamente, una acrobacia de composición al servicio de un sentimentalismo brumoso; la expresión de un individuo que no busca sino brillar, causar estupor.

En la ópera rusa un pueblo ha puesto sus alegrías, sus penas, sus sueños. ¿Debemos sorprendernos si ésta nos conmueve más que aquella?

Hay mucho que decir sobre el dinamismo de esta música rusa, sobre su potencia de ideal. Que nos baste por ahora señalar cómo son introducidos a la obra, para encontrar en ella su forma adecuada, al mismo tiempo que le comunican su verdadera grandeza, los elementos del folklore.— M. DE NICOLAY. (Traducido por J. M. S.)

LA VIDA DE BOLIVAR

A DELANTANDOSE al Centenario que celebraremos dentro de poco, los señores Georges Lafond y Gabriel Tersane acaban de publicar en París, bajo el título de *La Vie de Bolivar*, un estudio particularmente importante que pone de relieve una vez más ese don maravilloso de la síntesis que caracteriza a los escritores franceses, educados en la escuela del método y de la visión superior.

Cuando escribimos en la América Latina sobre nuestra historia ocurre a menudo que el entusiasmo o el rencor desorbitan los sucesos, alterando la significación de las figuras, enconando las rivalidades, enredando a veces los hilos de la acción hasta ahogar el relato en digresiones superfluas que quiebran sin beneficio alguno la línea, que debió ser inexorable, de la verdad. La fiebre localista suele sacrificar a éstos en beneficio de aquéllos, según la filiación de quien reconstruye el pasado; y en todo momento prima el criterio de la ciudad, de la pro-

vincia, de la pequeña república, el ensimismamiento endémico que falseando las perspectivas desarticula la enorme revolución global en múltiples acciones accesorias.

Y adviértase que no niego el mérito de la producción local: entre nosotros se han escrito libros brillantes y elocuentes que colocamos en lugar de honor en las bibliotecas. Casi todas las repúblicas invocan con orgullo el nombre de historiadores eminentes. Yo soy el primero en admirarlos y en rendir homenaje a su fecunda labor. Pero esos trabajos han sido escritos siempre desde un punto de vista especial. Nacen de un patriotismo concentrado en determinados límites. Y como la subdivisión en repúblicas es un hecho posterior el movimiento emancipador, tiene que faltar en ellos la amplia comprensión del fenómeno inicial y tiene que sobrar el ardiente afán de los bandos por atribuirse la mejor parte en el sacrificio y en la gloria.

No es que los que escriben alteren la verdad. No es que se dejen guiar a sabiendas por antipatías o represalias. Lo que falla no es el método, ni la observación ni el talento ni la probidad. Lo que falla es el punto de vista que por ser limitado a las circunscripciones políticas actuales, cercena la acción y le quita significado y carácter. El único que ha intentado en estos últimos tiempos una síntesis equidistante de nuestra historia es Carlos Pereyra, cuya labor formidable tendrá que ser recompensada algún día.

En general, los extranjeros han sabido hasta ahora justipreciar mejor que nosotros la evolución conjunta de las repúblicas del Sur. Ahí está como ejemplo el reciente libro del Profesor William Spencer Robertson, de la Universidad de Illinois, *The Life of Miranda*, que es un trabajo fundamental y escrupuloso sin precedente hasta ahora en lo que se refiere al gran precursor. Ahí está, a pesar de todos sus errores y de su propósito preconcebido de disminuir al hispano para extremar la superioridad del anglosajón, el estudio de un profesor de la Universidad de California, Joseph Byrne Lockey, que ha sido vertido al español bajo el título de *Orígenes del Panamericanismo*. Ahí están, en fin, las obras admirables del Profesor de la Universidad de Stanford, Percy A. Martin, a quien no es posible hacer el mismo reproche de parcialidad que al anterior, y que ha escrito en colaboración con el Profesor Herman G. James, de la Universidad de Tejas, bajo el título de *The Republics of Latin America*, un compendio valiosísimo que ningún editor ha pensado en traducir a nuestra lengua.

Esto, para no hablar más que de algunas de las publicaciones

que se han hecho últimamente en los Estados Unidos. La intervención es más francamente afectuosa, y más comprensiva también de nuestro espíritu, cuando el extranjero que escribe es un francés.

Por eso merece el libro de Georges Lafond y Gabriel Tersane la acogida cordial y el comentario auspicioso que ha de favorecer su más amplia difusión en América. Los autores son dos hombres que conocen a fondo el Continente, sobre todo Georges Lafond, que lo ha recorrido de norte a sur, que habla corrientemente el español y que ha vivido largo tiempo en nuestras ciudades. Sus publicaciones anteriores, *La France en Amérique Latine*, *La Situation actuelle du Panaméricanisme*, *Le Mexique*, *Le Brésil*, *L'Argentine au Travail*, lo clasifican como el hombre más autorizado en Francia para hablar de los asuntos de las repúblicas del Sur.

El caso de Georges Lafond es único en los anales de nuestras relaciones espirituales con Europa. Este escritor admirablemente dotado, todo nobleza y todo corazón, no ha sido el bonzo desdeñoso que va «chez les sauvages» a hacerse pagar a precio de oro sus augurios. Tampoco ha sido el ávido aventurero que atraviesa el mar en busca de oportunidades provechosas. Sus repetidos viajes (yo lo encontré en Montevideo en 1913) han sido el resultado de una alta curiosidad intelectual, de un sincero apasionamiento por el ideal latino. Ningún propósito interesado lo guió en sus giras de estudio. Observador perspicaz y habilísimo, ha escrito, sin embargo, en estilo que envidiarían muchos novelistas de hoy, una docena de libros sobre el Nuevo Mundo. No solicitó nada de nuestros gobiernos. No llevó misión alguna del Estado Francés, al cual ha prestado más servicios que muchos diplomáticos suntuosamente estipendiados. Ni recompensas honoríficas ha obtenido. Todavía espera su Legión de Honor. El esfuerzo ha sido tan desinteresado como fecundo. De carácter modesto, filósofo entre resignado y escéptico, Lafond vive al margen de los cenáculos y de las estrategias. Pero, sin desplantes ni banderolas, ha realizado una obra que se recordará. Porque si ha dado a Francia la formación más importante y fundamental sobre la América Latina, América le debe la propaganda más hábil y eficaz. Todo ello sin complicaciones dolosas, a pura base de altruismo, de probidad y de talento.

Esta *Vida de Bolívar* está concebida de acuerdo con las fórmulas claras y directas que regulan en Francia la ejecución de los trabajos de esta índole. Sólo en los primeros capítulos y en los últimos asoma un poco la anécdota pintoresca, con la

recepción que Humboldt dispensó a un joven visitante y con las fantasías de Manuelita Sáenz. En conjunto, la sintética exposición obedece a un ritmo científico que nada logra desviar. Y en esto reside acaso la mayor eficacia del volumen, destinado especialmente a dar al público europeo en trescientas páginas una idea clara y definida de la obra del libertador.

El libro primero abarca la infancia hasta la campaña de Nueva Granada. El segundo, desde la «guerra a muerte» hasta la campaña de 1814. El tercero nos lleva hasta el Congreso de Angostura. El cuarto se detiene en la batalla de Carabobo. El quinto empieza en la campaña del Ecuador para terminar en la entrevista de Guayaquil. El sexto reseña las proezas en el Perú hasta la capitulación de los españoles. El séptimo condensa ideales y desilusiones antes y después del Congreso de Panamá. Y el octavo cierra la obra como una campana lúgubre: el regreso a la patria y la muerte.

Tan metódica ordenación, lejos de dar al estudio una austeridad aburrida, hace más ágil y entretenido el relato, manteniéndolo en sus armónicas proporciones. No se advierte, por lo demás, desde la primera línea hasta la última, una sola desafinación. No hay jactancias de erudito, no hay adjetivos delirantes, no hay diatribas contra otros próceres. Bolívar se levanta limpio de toda impureza, en la plena solemnidad de su genio, como esos mármoles sin adornos que el arte griego impuso a la eternidad.

Entre nosotros la concisión ha pasado a menudo por indigencia y han padecido algunos cierta aturdida predisposición a las digresiones verbosamente inútiles. Además, el vanidoso prurito de rectificar las aserciones de otro historiador, sentando plaza de archivista bien informado, malogra a veces el esfuerzos de muchos comentaristas de talento. En la obra de los señores Lafond y Tersane no hay nada semejante. Los autores se eclipsan, entregando el fruto de sus lecturas, entre las cuales han tenido que abrirse paso como en una selva. Porque sobre pocos hombres se ha escrito tanto y tan contradictoriamente como sobre Bolívar. Y nada resulta más difícil que reducir a líneas netas y decisivas la esencia de tan diversos volúmenes.

La evocación de nuestro santo laico trae a la superficie, con la vida de un hombre, el drama de un pueblo. Altruismo, gloria y dolor, en tres palabras se condensa el destino del más grande de los latinoamericanos. Altruismo, porque todo fué en él inmolación. Gloria, porque nadie levantó tan cerrado clamor de admiraciones. Y dolor, porque no hay ejemplo de tan ciega ingratitud, de tan hondo desconocimiento de las rea-

lidades. Páez, Santander, Bermúdez, todas las figuras secundarias que no hubieran podido existir sin Bolívar, se creyeron iguales y hasta superiores a él. La emulación febril, signo fatídico bajo el cual nacieron nuestras repúblicas a la vida independiente, no respetó nunca los valores. Un fermento irrespetuoso y cerril se opuso a todas las grandezas posibles. Por un corazón dispuesto al sacrificio como el de Sucre, había cien avidedeces de preeminencia. Y este individualismo egoísta y anárquico, fuente de inmovilidad y anemia para los grupos sociales, ha sido el punto de partida de las desgracias que se han abatido sobre nuestras tierras, desde el régimen tiránico, hasta el imperialismo devorador.

Dentro de la brevedad de una vida, Bolívar puso sus formidables capacidades al servicio de una alta aspiración que, siendo superior al tiempo que nos concede la naturaleza, era también superior a las vanidades. Se jugó en la lucha por un porvenir que no debía ver y en defensa de una patria de la cual no sería ya ciudadano. Lo que nos ha perdido, en cambio, en América, ha sido el afán de conquistar cada uno para sí, como si cada hombre fuese una potencia autónoma dentro del Continente, como si cada vida marcara el límite extremo de la duración de los pueblos.

Una nación es un ideal, alrededor del cual se suceden generaciones, que son a la vez fruto y simiente. Si el ideal rueda, no queda más que una dispersión de apetitos. La patria está más allá de nuestros intereses; y aunque las catástrofes se produzcan después de nuestra muerte, debemos considerarnos alcanzados por ellas.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

OTROS ASPECTOS DE GOETHE (1)

II

CUANTOS renunciamentos! Y ahí, cerca de él, Beethoven, que se hubiera sentido feliz de trabajar con él y para él, de poner música al *Fausto*, de escribir, bajo su dictado, un oratorio *haendeleano*.

El último golpe es el recibido en Febrero de 1816, cuando al querer presentar en su teatro de Weimar un *Festspiel*, con

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.